

## El fondo de la maleta

*Sagas del siglo pasado*

La reedición y retraducción de *Las historias de Jacob*, primera parte de *José y sus hermanos* de Thomas Mann (Ediciones B, Barcelona) permite recordar la historia de las historias de familia que jalanan la novelística del siglo XX. *Los Buddenbrooks* del propio Mann, los *Forsythe* de John Galsworthy, *Los Thibault* de Martin du Gard, la *Crónica de los Pasquier* de Georges Duhamel, la propia *Recherche* proustiana, si se la quiere leer en esa clave, para llegar, en nuestra lengua, a los Ríus de Ignacio Agustí y los Buendía de Gabriel García Márquez.

No es casual que, en un siglo que presencia la crisis de la épica burguesa llamada novela, como gustaron llamarla Blanckenburg y Hegel, se acuda a una historia de familia para asegurar las piezas sueltas. Fines de raza, como en Proust o los *Buddenbrooks* mannianos, o donde se invierten los roles consabidos y el hijo pequeño, maltratado por sus hermanos y olvidado por su padre, José, es quien ocupa el lugar del protagonista heroico. En resumidas cuentas, la novela, heredera de la epopeya, siempre ha contado historias de herencias, de quién y cómo hereda el poder legítimo y sucede al

jefe de la tribu, la nación, el imperio o la mera casa particular.

Volver a esa grandiosa construcción narrativa que es la saga de José equivale a rescatar el arte de la construcción en medio de un siglo cuyas estéticas, a menudo, proclamaron la belleza de la destrucción. Es volver a considerar la vida como ciclo y la personalidad como destino, emblemas del clásico humanismo. No está mal para una centuria pródiga en ejemplos titánicos de inhumanidad, ejemplos que sólo podemos dar los seres humanos.

Pero la obra de Mann, trabajada en casi veinte años de exilios y bibliotecas ambulantes, entre guerras y guerras, en una suerte de montaña mágica de la escritura, exige otra tarea también arquitectónica, y es la del traductor. Si hay un caso de paradigma en ese orden, es el de Joan Parra con Thomas Mann. La prosa del escritor alemán tiene un léxico muy riguroso, una construcción en cadencias, una sintaxis compleja y llena de derivados y subterfugios, además de invocar, en ocasiones paródicamente, la escritura del Antiguo Testamento en manos de los traductores alemanes (Mendelssohn, etc.). Pasar todas estas exigencias al castellano era

una prueba de fuego, ya que imponía seleccionar un vocabulario y resolver en cadencias españolas y virguerías sintácticas de la misma lengua, los equivalentes alemanes, sin poder acudir a la facilidad tudesca para inventar palabras compuestas.

Se puede decir que Parra no ha traducido a Mann, sino que lo ha reescrito, pero ¿es otra cosa una buena traducción literaria, es decir una reescritura, una reinención perifrásica de ese texto llamado, tan a la ligera, original?